

En nuestra ingenuidad e inconsciencia, estábamos convencidos que todas las fórmulas de aquellos sociólogos se harían viables a través de nuestro punto de vista taponero, de nuestra ponderación mediterránea, de nuestro sentido de medida humana, equilibrado por la bonhomía de unas digestiones placenteras entre pinos y que la filosofía cuya conclusión final y práctica es «l'anar a fer-la», sería adoptada y se impondría como norma por los artifices de la Felicidad Mundial. Con esta creencia, y después de bien discutido, los párpados se abatían al peso de la luz y nos entregábamos a la siesta.

Al regresar al pueblo ya no era cuestión de hablar de política, sino que nos daba por cantar las zarzuelas de moda o alguna habanera reposada que sincronizaba con la lentitud de nuestra digestión. Un sentimiento de euforia y de generosidad se apoderaba de las almas, que miraban un horizonte lejano. Algún visionario veía en algún rincón del camino una matrona de litografía, sonriendo con su corona mural encasquetada en las sienes y, temerario, esbozaba «La Marsellesa». Si se hubiera vuelto, hubiera visto que no era una matrona derramando justicia y libertad, sino una diosa Jano con dos caras falsas.

A veces no se cantaba. Se hablaba de mujeres, y aquel visionario tras los árboles veía unas ninfas a lo Fragonard, de carnes finas y nacaradas...

—Por Dios, abuelo... Que esto se aparta del tema.

—¿Qué?... ¿Te escandalizas a tu edad? ¿Es que en tus sienes no brillan ya las canas?...

—Sí, pero te desvías... Es que tienes que contarme más cosas sobre la cocina y esos ágapes que hacéis.

—Poca cosa puedo añadir, hijo. Solamente me falta confesarte algo...

—¿Te reprochas alguna cosa, quizá?...

—Sí. Que nos equivocamos estrepitosamente en nuestras previsiones. Concedimos demasiado crédito y entusiasmo a aquellos artifices de la Felicidad Humana. En nuestra buena fe no quisimos darnos cuenta que aquellos hombres nos endilgaban unas teorías alambicadas en los países de la bruma, de la cerveza agria, del arenque frito y el alcohol de madera, y que todas estas cosas reaccionan en los humores del estómago con acideces, que influyen sobre el cerebro en lugar de actuar sobre el corazón, como el vino de la tierra y la langosta con caracoles o la sopa de rape.

Desde luego, unas doctrinas nacidas bajo esta influencia, a la fuerza tenían que encontrar eco en las masas de las grandes ciudades, que nutridas por una cocina «standard» a base de judías hervidas y bisté con patatas e irrigadas por un vinillo de laboratorio químico, tenían también los ácidos agrios concentrados en el cerebro y en las válvulas de la subversión.

Estas masas de la ciudad, enarbolando la bandera del progreso y en filas compactas se impusieron en embestida contra los indefensos hombres de las comarcas y con la victoria del progreso, quebró nuestra obra filosófica. Valiente final el de este balance.

Esto no quiere decir, claro está, que la tendencia y el anhelo por el «anar a fer-la» haya desaparecido de aquí. No; este anhelo persiste bien vivo entre nuestros descendientes, pero la realidad, como un

garra monstruosa, se opone a que la gente traspase de «Els Burots», con las cestas repletas hacia los pinos y las rocas o una barraca entre cepas, de cuya chimenea salga una serpentina de humo, enroscada hacia la serenidad y limpidez del cielo azul.

Actualmente, tú lo sabes bien, todavía sale alguna familia «a fer-la». Son gentes que llevan la romántica nostalgia de otros tiempos y no se resignan a renunciar a tal placer. Pero, fíjate en ellos a su regreso. Vuelven del campo defraudados sin saberlo y sin canciones en la boca. Han gastado en una comida los ahorros de un mes, y su afán de evadirse de la ciudad ha sido inútil.

La cazuela de arroz, aunque comida entre pinos, les recuerda o el racionamiento o el estraperlo. El pan amarillo o pardo les pone ante la crisis del trigo. El postre, un flan de polvos envasados, tienen que endulzarlo con este extracto de diabético que llamáis sacarina.

Y no hablemos sobre los elementos finales de una comida, que son los elementos que ponen en marcha los humores dulces de la digestión. Me refiero a ese café recogido en los algarrobos de Castellón de la Plana, a ese coñac destilado de la resina de los pinos de Soria y el incombustible puro de Canarias, que a pesar de su lujoso vestido de celofana, siempre deja en la boca un sabor de estafa.

Esa gente quizá haya aireado y soleado su cuerpo, pero su corazón y su alma, no. Les ha faltado el fluido que del estómago tiene que subir al corazón y salir en canciones por la boca. Se han intoxicado un poco más el cerebro con los ácidos del mal humor. Por eso al regreso no cantan...

Vosotros, los hombres, que trabajáis para el fomento del turismo en San Feliu, deberíais imponeros la obligación de resucitar la cocina antigua, para que vinieran a disfrutarla todas esas pobres gentes de las ciudades, que vienen aquí a desintoxicarse los nervios y los pulmones, y que bajo los efectos de nuestros guisos, se desintoxicarían el cerebro de las ideas erradas, que sobre la vida les ha inculcado la cocina «standard» de los nuevos tiempos.

Yo te propongo que cuando tengáis bien viva esta vieja cocina, publicquéis unos anuncios que digan: *Hombres de todos los países, acudid a la Costa Brava a gustar la cocina taponera*. Los que acudieran, serían los apóstoles de la futura cruzada para el sosiego del mundo, a través de las fórmulas de gastronomía de la langosta con caracoles y el pulpo a la parrilla.

Todos los que la hubieran gustado una vez, nuestra cocina, ya no la olvidarían nunca más y poseerían la predisposición de alma necesaria para comprender todo el sentido de humana verdad y de vida que dimana de nuestros pinos, de nuestras rocas, de nuestros bosques...

El abuelo quería añadir algo más, pero la picada de una mosca me ha despertado. Al abrir los ojos, la visión del abuelo se ha disipado. Me quedan, sin embargo, de esta aparición, las palabras que transcribo y que he puesto rápidamente en el papel. Se las brindo, señor Director, como cumplimiento de la promesa que le hizo

A . A M E T L L E R A R X E R